

Domingo tercero: JESUCRISTO, EL NUEVO TEMPLO DE DIOS EN MEDIO DE LOS HOMBRES

i. Felipe Fernández Caballero

II De la Guía para la lectura litúrgica y su predicación, ciclo B (SEC)

III. Sagrada Congregación para el Clero

IV Radio Vaticano

I. MENSAJE CENTRAL

El cuerpo de Cristo crucificado y resucitado es el templo de la nueva alianza entre Dios y los hombres, la manifestación de la fuerza y de la sabiduría de Dios y el signo de la redención plena y definitiva de la humanidad, accesible sólo a los que lo acogen por la fe. 2684).

LECTURAS

1ª. "Yo soy el Señor, tu Dios, que te sacó de Egipto, de la esclavitud".

Ex 20, 1-17

La ley promulgada por el Señor es signo de amor y obra de liberación: abre los caminos de la libertad, es el estatuto de los hombres libres y representa la salvaguardia de un pueblo liberado. La única prohibición que expresa es la de no volver a la casa de la esclavitud. El Dios de la Alianza es "un Dios celoso", y no quiere que su pueblo vuelva de nuevo a quedar sometido al dominio de las falsas divinidades.

El texto del Éxodo, que presenta los diez mandamientos, comienza así. *"El Señor pronunció las siguientes palabras"*. Estamos, por tanto, en primer lugar, ante una "revelación" de Dios. Dios se manifiesta a su pueblo como *"el Señor, tu Dios"*. Como toda la ley bíblica, el Decálogo es presentado en el contexto de la alianza sinaítica, que mira a crear en medio de los otros pueblos un "pueblo santo". El Dios de la Alianza, ha sacado a su pueblo *"de Egipto, de la esclavitud"*. La ley promulgada por el Señor es signo de amor y obra de liberación: abre los caminos de la libertad, es el estatuto de los hombres libres y representa la salvaguardia de un pueblo liberado. La única prohibición que expresa es la de no volver a la casa de la esclavitud. *"No tendrás otros dioses fuera de mí"*. El Dios de la Alianza es "un Dios celoso", porque sabe que la adoración de otros ídolos no es fuente de libertad, sino de opresión, y no quiere que su pueblo vuelva de nuevo a quedar sometido al dominio de las falsas divinidades.

Revelación, Alianza, Liberación, por parte de Dios. Acogida, Fidelidad, Libre donación de sí por parte del hombre. Son el contexto natural del Decálogo. La imagen de Dios que preside todo el libro del Éxodo no es la del Dios de la Ley, sino la del Dios que salva y llama a la comunión total. La Ley era sólo un pedagogo que conducía a Cristo que, cumpliendo todos sus preceptos con un solo acto de obediencia, puso fin a su dominio para instaurar el imperio de la gracia. El término de la Ley es Cristo que ofrece, a todo el que cree, la justicia prometida.

2ª. "Los judíos exigen signos... nosotros predicamos a Cristo crucificado".

1Cor 1, 22-25

Pablo ve en Jesús crucificado la manifestación, humanamente desconcertante, pero definitiva, de la fuerza salvadora de Dios. A partir de ahora, no habrá otra posibilidad de salvación humana que la de la identificación, por la fe y el amor, con Aquel que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz:

El Dios de Israel, para salvar a su pueblo, realizó los hechos portentosos que condujeron a su liberación. El Dios que salva definitivamente por Jesucristo no es el de los signos prodigiosos, sino el del amor fiel que llega a su más plena manifestación en la debilidad de la cruz.

Pablo ve en Jesús crucificado la manifestación humanamente desconcertante, pero definitiva, de la fuerza salvadora de Dios, porque en ella se hace presente toda la impotencia a la que Dios se ha entregado, toda la profundidad a que ha llegado su amor; en ella Dios ha abierto un camino de salvación que contradice radicalmente la aspiración del hombre a realizarse, como tal, sólo en el horizonte de una orgullosa autosuficiencia. A partir de ahora, no habrá otra posibilidad de salvación humana que la de la identificación, por la fe y el amor, con Aquel que se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz:

El anuncio esencial confiado a la Iglesia no es otro que la proclamación de Cristo crucificado. Nosotros no tenemos otra palabra que transmitir, otra fuerza en la que apoyar nuestra debilidad ni otra razón de ser de nuestra vida personal y comunitaria. Pero es evidente que este mensaje no tendría justificación posible sin una fe absoluta en la resurrección de Jesucristo. El templo destruido del cuerpo de Jesús en la cruz y levantado en la resurrección, es el signo que, presente siempre en la memoria de la Iglesia, reafirmará la fe de los que creen en su nombre: toda la fe de la Iglesia, la fe de cada cristiano, está comprometida en este anuncio: ¡Jesús, el Crucificado, ha resucitado

3. Evangelio. “Destruid este templo, y en tres días lo levantaré”

Jn 2, 13-25

El cuerpo de Cristo crucificado y resucitado es el templo de la nueva alianza entre Dios y los hombres, la manifestación de la fuerza y de la sabiduría de Dios y el signo de la redención plena y definitiva de la humanidad, accesible sólo a los que lo acogen por la fe.

El gesto de Jesús, incluido en el llamado "libro de los signos" y que Juan sitúa -a diferencia de los sinópticos- en los comienzos mismos de la actividad de Jesús, tiene para el evangelista un carácter programático. El episodio es introducido con una referencia a la proximidad de la fiesta judía de la Pascua, fiesta de liberación que evocaba el paso del pueblo de la esclavitud a la libertad, y tiene lugar en el interior del templo, el marco idóneo para el encuentro liberador del hombre con Dios. Jesús no se muestra aquí sólo como un profeta reformador: la cita de Zacarías (14,21) hace clara referencia a que con él han llegado los tiempos mesiánicos. Al designar el templo como "*la casa de mi Padre*", se presenta como el Hijo que tiene autoridad en el templo y sobre él, una autoridad que sólo Dios puede reivindicar. Y al arrojar fuera del recinto del templo a los animales necesarios para el sacrificio, ovejas y bueyes, declara finalizada la función sacrificial del antiguo templo y sus sustitución por un templo y un culto nuevos.

El templo y los sacrificios del AT eran incapaces de ofrecer al hombre el acceso a Dios y de establecer una verdadera alianza. Habían fracasado ante Dios y ante la historia todas

las mediaciones salvíficas del pueblo elegido. El cuerpo de Cristo será, a partir de ahora, el templo nuevo, el lugar definitivo de la verdadera alianza entre Dios y los hombres, y el verdadero sacrificio que otorga la redención plena y definitiva a la humanidad, la libera de sus pecados y le da acceso al verdadero santuario (Hb 9,11-14).

Al ser testigos de la autoridad con que actúa Jesús, "los judíos exigen signos" ("*¿qué signos nos muestras para obrar así?*") y manifiestan su incredulidad (cf. 6,30). Jesús les remite al único signo en que se transparenta plenamente su condición mesiánica, el de su muerte en la cruz y su resurrección gloriosa: "*Destruid este templo, y en tres días lo levantaré*". Para que se entienda bien lo que Jesús había querido decir, Marcos explicará: "*destruid este Santuario hecho por hombres, y en tres días levantaré otro no hecho por hombres*".

La pascua cristiana, aclarará todo el significado de esta acción simbólica: "*Jesús hablaba del templo de su cuerpo*". Una vez más, sólo los que no exigen signos ni buscan sabiduría, sino que creen sin haber visto, descubrirán en el Señor Resucitado la fuerza de Dios y la sabiduría de Dios que se manifiesta en la debilidad del misterio salvador de la Cruz.

HOMILÍA

El cuerpo de Cristo crucificado y resucitado es el templo de la nueva alianza entre Dios y los hombres, la manifestación de la fuerza y de la sabiduría de Dios y el signo de la redención plena y definitiva de la humanidad, accesible sólo a los que lo acogen por la fe.

Dios, que había sacado a su pueblo "*de Egipto, de la esclavitud*", **se da a conocer de nuevo mediante la promulgación de su Ley**. Israel vivirá si acepta el Decálogo como la norma constitucional de su condición de pueblo de Dios.

Esta ley es una **manifestación de su mismo ser**. Así lo indica el comienzo de la lectura primera de hoy: "*En aquellos días, el Señor pronunció las siguientes palabras. Yo soy el Señor tu Dios que te saqué de Egipto, de la esclavitud. No tendrás otros dioses frente a mí*".

Es también el **camino del encuentro con Dios**.

A los que estaban privados de todos los derechos, los transforma ahora en una sociedad fundamentada en el derecho. El que los ha auxiliado, se ofrece ahora a entablar con ellos una relación estable basada en la Alianza. Israel puede regirse por la ley del Señor porque previamente ha sido conducido por él hacia la patria de la libertad. A la libertad que brota del amor.

La ley divina es, por último , fuente de liberación.

Guardar el sábado: no es sólo alabanza al Creador, sino defensa de la libertad de todo hombre frente a cualquier abuso u opresión.

Honrar al padre y a la madre no es sólo una exigencia del amor y de la justicia, sino también de reconocimiento de Dios como Padre, que se sirve de ellos para cuidar a sus hijos.

No cometer adulterio equivale a insertar la relación matrimonial en el ámbito de la fidelidad debida al Dios de la Alianza.

Y el último mandamiento, el *“no codiciarás”*, apunta ya a lo que será la nueva ley del Reino de Dios: *“Dichosos los pobres en el espíritu”*

Única prohibición que la Ley de Dios establece: no volver atrás, “a la casa de la esclavitud”.

Los que la quebranten, que no responsabilicen a nadie, más que a ellos mismos, de las consecuencias que de ello se seguirán: degradación personal, anarquía social en la que nada ni nadie está seguro, desaparición de las referencias esenciales que fundamentan la salvaguardia del derecho, la justicia y la paz.

“No tendrás otros dioses fuera de mí”. El Dios de la Alianza es “un Dios celoso”: no quiere que un pueblo al que ha otorgado la libertad, vuelva de nuevo a quedar esclavizado bajo el dominio de las falsas divinidades.

Para la salvación del mundo, Dios ha llevado a su plenitud el Decálogo, instaurando la ley nueva del amor, una ley promulgada a todos los hombres por Jesucristo desde la cruz, *“escándalo para los judíos, necedad para los gentiles, pero para los llamados fuerza de Dios y sabiduría de Dios”*.

* Jesús crucificado: **la manifestación definitiva, de la fuerza salvadora de Dios**, porque en ella se ha hecho presente toda la profundidad de su amor. A partir de ahora, nadie podrá atribuir su salvación a sus esfuerzos por cumplir la ley, sino a su identificación con Cristo por la fe y el amor. La esencia misma del mensaje cristiano y la tarea primordial encomendada a la Iglesia: proclamar a Cristo crucificado como fuente de salvación universal es.

* **A partir de ahora, el cuerpo de Cristo**, destruido en la muerte y levantado en la resurrección será el nuevo templo en que los hombres podrán encontrarse definitivamente con el Padre y ofrecerle el único sacrificio digno de Él.

El templo debe ser sobre todo “casa”: *“casa de mi Padre”*, y en la casa del Padre todo es común, todo pertenece a todos. En el nuevo templo ya no hay lugar para ofrendas de mercaderes con las que manipular a Dios o comprar sus favores; **la única liturgia digna de él es la eucarística**, en la que se ofrecen al Señor, como signos de gratuidad y amor, los panes ázimos de la justicia y la verdad. Después de la Pascua los discípulos comprenderán el significado y el alcance del gesto de Jesús: el anuncio de un nuevo culto y una nueva ley inaugurados con su Resurrección.

II De la Guía para la lectura litúrgica y su predicación, ciclo B (SEC)

“La Pascua de Cristo no es para “destruir” sino para que nazca el Hombre Nuevo”

La tradición Sacerdotal, al redactar el Decálogo, usa un estilo imperativo, conciso. Los mandatos se imponen sin condiciones ni matices. Es una manera de entender por parte del pueblo la voluntad de Dios.

Jesucristo, al mantener la antigua Ley en todo su vigor y dimensiones, pone en la caridad, en el amor al Padre, la motivación principal para su cumplimiento. Y es precisamente ese amor, experiencia única de los cristianos y velada a los que ponen en la racionalidad la única fuente de su conocimiento, lo que hará que la Cruz sea “escándalo para los griegos o necedad para los judíos” (2.a lectura).

El antiguo templo ya no tendrá razón de ser a partir del Nuevo Templo que es Cristo. Y la referencia a los “tres días” y a la Pascua, muestra que Juan está pensando en el acontecimiento pascual que dará lugar al inicio de ese tiempo nuevo.

Quienes creen que lo religioso ha de circunscribirse y limitarse a lo estrictamente personal, al ámbito de la conciencia, al repliegue a las sacristías, hoy pueden advertir que Cristo propone algo distinto. La acción pública de Jesús en el templo muestra que el celo de la casa de su Padre presupone lo privado y además se presenta públicamente. Contrapone la religiosidad exterior y vana, con la suya, interior y profunda.

_ “Jesús subió al templo como al lugar privilegiado para el encuentro con Dios. El templo era para Él la casa de su Padre, una casa de oración, y se indigna porque el atrio exterior se haya convertido en un mercado (Mt 21,13). Si expulsa a los mercaderes del templo es por celo hacia las cosas de su Padre: “No hagáis de la casa de mi Padre una casa de mercado”. Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: “El celo por tu Casa me devorará” (Sal 69,10)” (Jn 2,16-17)” (584).

_ “Jesús anunció, no obstante, en el umbral de su Pasión, la ruina de ese espléndido edificio del cual no quedará piedra sobre piedra (cf. Mt 24,1-2). Hay aquí un anuncio de una señal de los últimos tiempos que se van a abrir con su propia Pascua” (585).

_ Nuevo templo:

“Por eso su muerte corporal anuncia la destrucción del templo que señalará la entrada en una nueva edad de la historia de la salvación: “Llega la hora en que, ni en este monte, ni en Jerusalén adorareis al Padre” (Jn 4,21)” (586).

_ El templo, lugar propio de oración:

“La iglesia, casa de Dios, es el lugar propio de la oración litúrgica de la comunidad parroquial. Es también el lugar privilegiado para la adoración de la presencia real de Cristo en el Santísimo Sacramento. La elección de un lugar favorable no es indiferente para la verdad de la oración” (2691).

_ “Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como cabeza nuestra; a Él dirige nuestra oración como a Dios nuestro. Reconozcamos, por tanto, en Él nuestras voces; y la voz de Él, en nosotros” (San Agustín, Sal 85,1) (2616).

_ “El Espíritu es verdaderamente el lugar de los santos, y el santo es para el Espíritu un lugar propio, ya que se ofrece a habitar con Dios y es llamado su templo” (San Ambrosio, Spir. 26, 62). (2684).

Porque Cristo es el Nuevo Templo, la Iglesia, su Cuerpo Místico, es su plenitud (pléroma), y nosotros, signos vivos (piedras vivas).

III. Sagrada Congregación para el Clero

NEXO entre las LECTURAS

"Nosotros predicamos a Cristo crucificado, que es fuerza de Dios y sabiduría de Dios" (*segunda lectura*). En esta frase veo resumido el mensaje central de los textos litúrgicos de este domingo tercero de cuaresma. Fuerza y sabiduría de Dios que superan y perfeccionan la fuerza y sabiduría del Decálogo (*primera lectura*).

Fuerza y sabiduría de Dios que instauran un nuevo templo y un nuevo culto, situado no ya en un lugar, cuanto en una persona (Él hablaba del templo de su cuerpo): la persona de Cristo crucificado, muerto y resucitado en quien la relación entre Dios y el hombre alcanza su plenitud y su paradigma (*Evangelio*).

MENSAJE DOCTRINAL

Jesucristo, sabiduría de Dios.

La revelación de Dios es un largo y progresivo camino de sabiduría divina. Esa sabiduría se revela adaptándose a los eternos designios de Dios, pero también al desarrollo espiritual y humano de los hombres. Esto no es imperfección de Dios, sino condescendencia, aceptación de la historicidad del ser humano con todos los condicionamientos que ella comporta. Después de largos siglos en que la sabiduría divina se fue manifestando en enseñanzas, instituciones, profetas y sabios, la sabiduría de Dios se encarna en Jesús de Nazaret, pero con caracteres bastante diversos a lo esperado. Jesús dirá que no ha venido a abolir la ley sino a perfeccionarla, por eso no basta el decálogo con su amor a Dios y al hombre, es necesario añadir que se trata de amar a Dios en su misterio trinitario revelado por Jesucristo, y de amar al prójimo, incluso si es nuestro enemigo. Jesús, como nuevo templo, interioriza el culto cristiano, fundado no en sacrificios ni ritos externos, sino en la acción del Espíritu de súplica, alabanza y adoración. Tanto en uno como en otro caso, se trata de una sabiduría que mana del Espíritu de Dios, no obra del hombre ni de sus capacidades superiores.

La cruz, sabiduría de Cristo y del cristiano.

La sabiduría de Jesucristo brilla con una fuerza particular en la locura de la cruz. La cruz era el objeto más horrible a los ojos de un buen romano, y para un piadoso judío era signo de maldición divina. Para los contemporáneos de Jesús el escándalo debió de ser mayúsculo. ¡A quién se le ocurre hacer de la cruz el signo más elocuente de la sabiduría de Dios y del cristianismo! Ciertamente no a los hombres, pero se le ocurrió a Dios. Ante la figura de Cristo crucificado, la sabiduría humana o cae de rodillas en actitud de reconocimiento de una ciencia misteriosa y superior, o se rebela y sucumbe bajo el peso insoportable de algo que sobrepasa el humano razonamiento. Desde hace veinte siglos Jesús sigue proclamando desde el Gólgota que el madero de la cruz es el verdadero árbol de la ciencia del bien y del mal, de la ciencia de la vida. Los cristianos hemos de ser muy conscientes de que en la cruz está nuestra verdadera sabiduría, y que hemos de anunciar a todos el Evangelio de la cruz, el evangelio del sufrimiento.

La potencia de Cristo crucificado.

Ningún crucificado antes de Cristo pudo hacer de la cruz su trono y su cetro. Solamente Cristo ha podido llevar a cabo esa transformación tan imposible: ha cambiado el signo de ignominia en signo de poder. Para los que creemos, en efecto, la cruz es potencia de Dios. El decálogo era signo del pacto entre el Dios soberano e Israel su vasallo; el templo, con su imponente grandiosidad de edificio, de rito y de sacrificio, era signo del poder y trascendencia de Dios. Con Jesús la omnipotencia de Dios se hace patente en la

debilidad de la carne, en la maldición de un madero, en la humana ignominia de un crucificado. Los hombres, generación tras generación, somos reacios a entender un poco al menos este gran misterio. Quienes se dejan seducir por él y en él entran por la fe y la humildad, logran para sí la auténtica sabiduría y son capaces de despertar el interés por ella en los demás.

SUGERENCIAS PASTORALES

Sólo se puede volar con dos alas.

El hombre contemporáneo tiene una confianza sin límites en la inteligencia científica, por el hecho mismo de que ve las grandes conquistas a las que ha llegado: en el mundo astronómico, en la técnica biogenética, en la electrónica, y en cualquier forma del saber empírico. La inteligencia humana abarca otros aspectos, que necesitan un desarrollo, como la inteligencia filosófica, o la moral o la religiosa. Desgraciadamente la inteligencia en estos campos en vez de aumentar, ha ido disminuyendo en los últimos lustros. ¡Es un grande déficit en la vida y en la formación del hombre actual! Precisamente porque la inteligencia filosófica, moral o religiosa preparan o facilitan el camino hacia la fe, mientras que la científica no pocas veces lo obstaculiza o peor todavía lo liquida. Es verdad que la sola inteligencia no hace creyentes, se requiere de la fe. Pero sin el soporte de una verdadera inteligencia, la fe se convierte en fideísmo, al igual que la inteligencia sin el complemento de la fe se convierte en puro intelectualismo o en positivismo científico. ¿Cuál es tu mentalidad, la de tus familiares y vecinos? ¿Aceptas la fe como verdadera ciencia de Dios al servicio del bien del hombre? ¿Qué podemos hacer los fieles cristianos para volar, en las tareas de cada día, con las dos alas de la fe y de la razón? ¿No hay muchos cristianos que pretenden volar sólo con un ala? ¡Empresa imposible!

El decálogo de la oración.

Jesucristo en el evangelio supera el culto ritual del templo, y lo sitúa en el interior del hombre. En 1973 el Papa Pablo VI propuso a los fieles que le escuchaban el decálogo de la oración, una manera práctica de vivir el culto interior y de expresarlo de modo adecuado a nuestro tiempo.

- 1) Aplicar de modo fiel, inteligente y diligente la reforma litúrgica.
- 2) Hacer una catequesis filosófica, bíblica, teológica, pastoral, sobre el culto divino.
- 3) No apagar el sentimiento religioso al revestirlo de nuevas y más auténticas expresiones espirituales.
- 4) La familia debe ser la gran escuela de piedad, de espiritualidad, de fidelidad religiosa.
- 5) Considerar el precepto festivo no sólo un deber primario, sino sobre todo un derecho, una necesidad, un honor, una fortuna.
- 6) Si está permitida una cierta autonomía en la práctica religiosa en grupos distintos, no debe faltar la comprensión del genio eclesial, es decir de ser pueblo, una sola alma socialmente unida, de ser Iglesia.
- 7) El desenvolvimiento de las celebraciones litúrgicas es siempre un acto de gran seriedad, que se debe preparar y realizar con gran esmero.
- 8) Los fieles colaboran al fiel cumplimiento del culto sagrado con su silencio, compostura, y sobre todo con su participación.
- 9) La plegaria tenga sus dos momentos propios de plenitud: el personal y el colectivo.
- 10) El canto, a través del cual se expresa la riqueza espiritual de los fieles cristianos. Este decálogo sigue siendo actualísimo después de casi treinta años. El cumplimiento de este decálogo será renovador y enriquecerá la vida espiritual de cada cristiano, de los grupos, de las parroquias.

IV. Radio Vaticano

Destruid este templo y en tres días lo reconstruiré

La imagen que se nos queda grabada del Evangelio de este tercer domingo de cuaresma es la de Jesús en el Templo, con un látigo en la mano y volcando las mesas de los vendedores, que habían convertido la casa de Dios en un mercado.

Pero esta imagen, con todo el realismo con que lo describe San Juan, tiene un contenido mayor que el espectáculo contemplado. Es el celo de Jesús por la depravación de la religión. Una religión que proponía el amor de Dios por su pueblo, pero que se ha convertido en un abuso por parte del pueblo del amor de Dios. Los responsables del Templo han pervertido la Alianza, y ha prostituido la herencia religiosa de los padres y los profetas.

El evangelista San Juan, al tiempo que mira hacia el pasado del pueblo de Israel, quiere prevenir a su comunidad, la Iglesia, nacida del costado de Cristo. Así, coloca la escena en vísperas de la Pascua judía, al tiempo que alude al cuerpo sacrificado y resucitado de Jesucristo.

Pascua y Nuevo Templo. La Pascua judía como tradición e identidad de Israel, trae la memoria del éxodo, para ser compartido fraternalmente, como historia de la liberación. Es la noche de la pascua para el nombre de YHWH, noche reservada y fijada para la liberación de todo Israel a lo largo de sus generaciones. Pues bien, en ese contexto de la Pascua, es cuando Jesús dice: "Destruid este templo...", y dice San Juan, "pero él hablaba del templo de su cuerpo".

Para Juan es muy importante relacionar a Jesús y su comunidad en el marco de la serie de fiestas judías. Al hacerlo así, deja entrever toda su intención renovadora de la nueva institución eclesial. ¿Y qué repercusiones trae esa renovación?

No propone una reforma del culto, sino la abolición. El templo se ha convertido en una casa del mercado, donde el dios es el dinero. Y Jesús opone esa casa, el Templo, a la casa de mi Padre, cuando les dice: "Destruid este templo...". Ha roto, ha desmontado, ha desbaratado, no sólo el uso del templo, sino el Templo mismo.

La relación con Dios no ya no es religiosa, sino familiar; la relación con Dios no puede ser ritual, sino personal. La religión se desacraliza y recupera lo originario de la Alianza amorosa de Dios con Israel. Así leemos en la Primera lectura de este domingo: "Yo soy tu Dios..., que te saqué de la esclavitud; soy un Dios celoso: castigo el pecado..., pero actúo con piedad cuando me aman".

En la casa del Padre ya no puede haber comercio ni explotación; siendo casa de familia acoge a quien necesite amor, y da confianza; la relación con Dios ha vuelto, con Jesús, al corazón, el lugar de la intimidad y del afecto.

Leyendo con cuidado el evangelio vemos que si a los cambistas Jesús les trata con violencia, derribando sus mesas, a los que vendían palomas les trata con más delicadez: "Quitad eso de ahí...". Las palomas y las ovejas eran símbolo del sacrificio ofrecido a Dios y del pueblo que lo ofrecía. Las ovejas son figura del pueblo, encerrado en el recinto al que quiere liberar. Jesús no se propone reformar aquella institución religiosa, sino rescatar al pueblo de ella, y traerle al culto verdadero, aquel que inició Moisés con la experiencia de liberación.

Jesús no viene a continuar la línea religiosa tradicional. Vino a proponer una humanidad que adore a Dios en el corazón y manifieste esa adoración en el cumplimiento de los mandamientos que le da: honra a tus padres, no adulteres, no codicies y celebra a tu Dios.

Y para evitar el riesgo de los nuevos templos en esta nueva religiosidad, Jesús da un paso más y se propone él mismo como santuario de Dios. El Reino de Dios no se puede apoyar en templos, sino cuerpos vivos que se entregan. Es una doctrina dura, para los que escuchaban a Jesús, pero así y todo muchos creyeron en su nombre. Seguir a Cristo dando la vida, desgastando nuestro cuerpo en servicio a los demás, es doctrina nueva, que el mundo no entiende, pero salva. Por eso anuncia San Pablo en la segunda lectura: "Nosotros predicamos a Cristo crucificado: escándalo para los judíos, necedad para los griegos, pero para los judíos o griegos que creen en Cristo es sabiduría y fuerza".

Los cristianos, estos son los santuarios de Dios, seres humanos que en su comportamiento cotidiano hacen brillar su presencia, y su amor se vive en cada gesto, en cada encuentro con los demás. Y esta vida se celebra, cómo no, en nuestros encuentros dominicales.